

1. LA CANCIÓN (Sofía)

Aquella mujer tenía una hermosa voz, algo quebrada en las notas altas. Cantaba canciones de Cole Porter en una playa de Goa, sentada en la arena, con la espalda apoyada contra un cocotero. Nosotros la escuchábamos distraídamente, anhelando el atardecer y una temperatura más fresca. Era el mes previo al comienzo del monzón, cuando más fuerte calienta el sol en los trópicos, en 1950.

La mujer dejó de cantar por unos minutos, y se hizo un hermoso silencio, sólo se escuchaba el oleaje del mar, la espuma que regresaba para estrellarse en el rompeolas. Pensé que de no haber aceptado hacer este viaje, estaría en Granada, tal vez en mi clase de piano o escuchando tonterías reunidas en torno a un juego de té, en lugar de encontrarme frente al Índico, contemplando un ir y venir que ni parecía haber tenido un comienzo ni estar destinado a un fin. El pensamiento me hizo sonreír.

—¿En qué piensas, Sofía?, ¿qué te provoca esa sonrisa? —me preguntó Augusto con dulzura.

—Nada. Me siento feliz en este instante... Pensaba que podríamos estar en otra parte del mundo..., ya sabes, en Granada, perdiéndonos esta maravilla...

—Sí... La vida no es sólo lo que hacemos, también es lo que dejamos de hacer...

La mujer empezó a cantar de nuevo, y Augusto interrumpió lo que iba a añadir. Nada que ver esta vez con Cole Porter: era la canción más conmovedora que yo había escuchado jamás. El oleaje enmudeció. Playa Anjuna, su arena y sus cocoteros, el fugaz recuerdo de Granada, incluso la presencia a mi lado de Augusto, todo eso dejó de existir. Lo único vivo era la canción de aquella mujer.

Nos acercamos a ella cuando guardaba su guitarra. Le pregunté si la última canción que había tocado era suya.

—Sí, ¿te gustó?

—Muchísimo. ¿Eres una cantante profesional?, ¿tienes algún disco publicado?

La mujer sonrió, como si responder a esas preguntas necesitase una larga explicación que no íbamos a comprender.

—No, nada de eso, pero muchas gracias. Toco por el placer del momento.

Al cabo de los años, cuando Augusto regresó a España, una tarde vino a mi casa; era 1967, y acababa de terminar lo de la huelga de Bandas en Vizcaya. Charlamos de muy buen talante, como si el tiempo no hubiera pasado. Yo le eché en cara que hubiera visitado a mi padre varias veces durante el tiempo que llevaba en Granada, mientras que a mí me tenía relegada, y él bromeó, insinuando que me había ido a vivir a Bilbao para esconderme de visitas indeseables. Pasamos una velada agradable, sin mencionar en ningún momento el asunto de nuestra separación, por llamar de alguna manera al hecho de que Augusto no hubiera regresado de aquel viaje suyo a Venezuela hasta diecisiete años más tarde. A fin de cuentas, ya no tenía importancia alguna, e incluso mi marido parecía contento de ponerle un rostro a aquel “novio extravagante” de mi juventud.

—Tengo un regalo para ti —dijo, antes de irse. Y puso en mis manos una pequeña caja envuelta en papel rojo.

—Gracias..., no tenías por qué... —Al abrirla, exageré mi reacción con una falsa alegría; un tic algo hipócrita heredado de mi madre—. ¡Oh! ¡Una casete! Muchísimas gracias, Augusto. ¿Sabes? Mi padre nos regaló el año pasado uno de esos magnetófonos Phillips. Fue hasta Montecarlo para hacerse con él; está convencido de que los vinilos van a desaparecer. Cosas suyas...

Lo cierto es que, entre el poco interés que me causaban las casetes, con esa delgadísima cinta que se enredaba cada dos por tres, y una gripe inoportuna, el regalo de Augusto cayó en el olvido durante varias semanas, hasta que vi a mi marido poniendo pilas nuevas en el magnetofón, y lo recordé. Esa noche, mientras preparaba un café tras la cena, puse la casete en la cocina, con cierta curiosidad. Escuché durante unos segundos un ruido de fondo y, súbitamente, comenzaron a sonar los acordes de aquella canción de Goa. Casi me desmayo. Salté a 1950, a playa Anjuna, joven, sin hijos ni responsabilidades, con otra vida, otros sueños... El recuerdo me provocó un vértigo insoportable: diecisiete años de caída libre. A las tres de la madrugada todavía no podía dormir. Le llamé:

—Hola, Augusto, soy yo. Lamento las horas, ¿dormías?

—No. Insomnio..., ya sabes.

—¿Dónde volviste a ver a aquella mujer?

—En la isla de Sajalín, en el extremo oriental más remoto de la Unión Soviética.

—Pero... ¿Cómo te acordaste de ella?, ¿cómo coincidisteis?

—No fue una coincidencia, Sofía, la encontré. La estuve buscando durante los últimos años. Quería un regalo para ti que pudiese compensar el no haber regresado de Venezuela, si eso era posible...

¡Mierda! Eran las tres de la mañana, mi marido dormía plácidamente, y el cabrón de mi ex —porque en ese preciso instante no era Augusto, sino el cabrón de mi ex— pretendía hacerse perdonar con una estúpida casete... Descubrí que los años no le habían cambiado ni un ápice, seguía siendo ese camandulero que ofrece un racimo de uvas por un Vega Sicilia, ¿o era realmente el ingenuo que nunca entendió cómo funciona el mundo? No daba crédito mientras escuchaba la historia al otro lado del teléfono...

«La mujer se llama Carol. Hace unos años, en un tugurio de Saigón conocí a un periodista argentino, un tipo divertido, Pablo Aviotti. Le gustaba Cavafis y no entendía a Octavio Paz, así que nos hicimos amigos y pasamos la noche charlando de poesía y viajes. Un año más tarde, volvimos a encontrarnos, también en Saigón, en la embajada francesa; en aquella segunda ocasión lo celebramos emborrachándonos con la porquería que llaman cerveza en Vietnam. Al despedirnos, le regalé uno de los marcianos de barro que había hecho últimamente.

—Mirá vos, ¿así te ganás la vida?, ¿sos artista? —me preguntó.

—No, no los vendo. Me entretengo haciéndolos mientras espero en las estaciones de tren, y, la verdad, aunque habré modelado más de un centenar, todavía no logro que me salgan dos iguales. Uso arcilla barata, no te durará entero más de un par de meses aquí, con esta humedad.

—¡Qué diablos! Podés ganar un poco de dinero con esto, che, yo te daría un par de dólares con gusto.

Negué con la cabeza.

—No tiene precio, el único valor está en su corta vida; una bonita metáfora de nuestro paso por el mundo, si no te parece cursi.

El argentino entonces recordó una historia de años atrás. Un poeta chileno que escribía poemas en la orilla del mar y que renunciaba a publicarlos; organizaba una especie de *happenings* que culminaban cuando la marea borraba los versos en la arena. Me dijo que aquel tipo solía ir a las playas de Viña del Mar durante el verano austral, que también tenía un discurso en el cual reiteraba la fugacidad de la vida, “como lo que vos decís de tus marcianitos”. Yo tuve un *flash-back*, la imagen de aquella cantante en playa Anjuna apareció nítidamente y recordé sus palabras...: “Toco por el placer del momento”. Le pregunté a Pablo dónde podía encontrar a ese poeta.

—No lo sé, che. Desapareció, como si se lo hubiera tragado la tierra. Un boludo quiso fotografiar uno de sus poemas antes de que lo borrara el mar, y la gente que asistía al *happening* se le echó encima. Solana se fue de allí corriendo, y ya no regresó a la playa nunca más. Un quilombo, por cierto, tuvieron que venir los carabineros a poner orden. Mirá qué mala suerte, che, yo había ido hasta allá para escribir un reportaje sobre él y me quedé con la pluma en la mano.

—Pablo, creo que voy a regresar a Sudamérica e intentaré encontrarle. Tengo una corazonada.

—Divino, che. Si lo encontrás, decime dónde está, por favor. Siempre pensé que era un buen reportaje.

Mi intuición me decía que ese chileno podía estar en El Paují, un remoto rincón de Venezuela que yo conocía bien, pues había pasado allí un par de años. Aquél era un lugar especial, habitado por artistas que hacían extrañas *performances* y que destruían sus obras en vez de venderlas, vivían al margen del mercado del arte. Más que una corazonada, fue una certeza.

Regresé a El Paují, pues, y, efectivamente, Solana, el poeta chileno, estaba allí, en aquel paraíso olvidado del mundo, y sí conocía a Carol, la cantante. Ambos habían coincidido en la Black Mountain de Asheville —una universidad experimental de artistas— a finales de los cincuenta, mas, según me dijo, después de aquello nunca volvieron a verse; el tipo ignoraba cómo encontrarla.

—Había un músico armenio con el que ella solía tocar en Asheville —me contó Solana—. Él vive ahora en la Capadocia turca, es un virtuoso del *duduk*. Una vez al año da un concierto en una pequeña iglesia bizantina, con temas propios que nunca graba, y esa actuación es un punto de encuentro para artistas del Círculo, quizás allí alguien te pueda informar sobre ella. El lugar se llama Göreme.

No la encontré, pero Vartán, el músico armenio, me dijo que se había casado con un ruso; ambos vivían en un pueblo remotísimo, allende Siberia, en la isla de Sajalín, el fin del mundo. Así pues, crucé a la Unión Soviética y, tras varios camiones, el Transiberiano, más camiones y un barco, tres años después de la borrachera en Saigón, la encontré por fin en Korsakov, un pequeño pueblo costero donde se bebe más *sake* japonés que vodka.»

El silencio de la madrugada se hizo presente cuando Augusto calló al otro lado del teléfono, e igualmente reaparecieron mi casa y mi familia. Durante quince minutos mi cabeza había estado viajando por medio mundo, y el silencio me traía de vuelta a mi hogar, dejándome confusa, como si hubiera despertado sobresaltada de un sueño. Pasados unos segundos de desconcierto, sonreí en medio de la oscuridad del salón; Augusto no había cambiado en absoluto, su universo seguía despertando en mí un sentimiento mixto de fascinación e incredulidad.

—Vaya historia. ¿Es un club de chiflados egocéntricos? —pregunté a media voz, tratando de parecer indiferente.

—Sí, podría valer esa definición.

—¿Y cómo te autorizó a grabar su canción? ¿No va en contra de ese arte ególatra que se autodestruye?

—No se destruye; es efímero, como la vida. Carol accedió al escuchar todo lo que hice para encontrarla, le impresionó tanto afán por una canción... Sofía, se trata de la emoción que provoca aquello que no puedes repetir ni conservar. Es la emoción. Cualquier obra de arte o cualquier gesto que la pueda generar es válido, pero no es más que el sirviente del señor. En el momento en que lo repites, desaparece la intensidad de la emoción y el sirviente se convierte en el amo del castillo. Sofía..., por mucho que la vuelvas a escuchar, jamás volverás a sentir el vértigo de la primera vez. ¿Ha sido muy intenso? Imagino que has volado a Goa, a diecisiete años atrás... ¿Sofía...? ¿Sofía...? Está bien, como tú deseas. Éste era mi regalo, no la casete en sí, aunque sabía que podría molestarte. De cualquier forma, por favor, destruye la cinta, se lo prometí a Carol.

Colgué el teléfono sin contestarle. No sabía si le odiaba o si, por primera vez en mi vida, por fin llegaba a entenderle.

(Capítulo de la novela El Círculo de las Artes Efímeras, de Salva Rodríguez)

www.unviajedecuento.weebly.com

FB: El Círculo de las Artes Efímeras